

JUAN ANDRÉS, VIAJERO NEOCLÁSICO  
POR ITALIA

*Enrique Giménez López*  
Universidad de Alicante

EL 10 DE ABRIL DE 1817 EL *DIARIO DE VALENCIA* PUBLICABA UNA RESEÑA NECROLÓGICA valorando la personalidad de Juan Andrés, muerto en Roma la mañana del 12 de enero.<sup>1</sup> Era su autor Francisco Javier Borrull, que había sido diputado en las Cortes gaditanas por Valencia, y no precisamente como representante del liberalismo. Habiéndose restaurado la Compañía de Jesús en España en 1815, Borrull destacó de Andrés su carácter modélico de jesuita que había sabido dar lustre a su Patria con obras propias de un sabio de primer orden.

En Nápoles, Ángel Antonio Scotti, socio de la Academia napolitana de Historia y de Bellas Letras, leyó por esos mismos días ante sus colegas un elogio más extenso de la figura intelectual de Juan Andrés, que había sido miembro de aquella Academia.<sup>2</sup> Para Scotti, Andrés era ejemplo de literatos por su sabiduría y modestia, y por esas virtudes –tan infrecuentes en el campo de las letras– había sido honrado por emperadores como José II y Leopoldo I, por reyes como Fernando IV de Nápoles, y por príncipes de la talla del Duque de Parma.

¿Cuál había sido la trayectoria vital e intelectual de este valenciano italianizado?

Juan Andrés era originario de Planes, en la actual provincia de Alicante, donde nació el 15 de febrero de 1740 en el seno de una familia de la pequeña

---

<sup>1</sup> *Diario de Valencia*, 10 de abril de 1817. Necrológica reproducida en la *Gaceta de Madrid*, 22 de abril de 1817, pp. 421-424.

<sup>2</sup> SCOTTI, Angelo Antonio: *Elogio histórico del Padre Juan Andrés*, Valencia, 1818.



Juan Andrés en 1774, recién abandonada Ferrara para residir en Mantua.

nobleza rural. Primogénito de once hermanos, su vida se dirigió a la religión, como la de otros tres de sus hermanos menores.<sup>3</sup>

El ingreso de Andrés en la Compañía de Jesús se produjo en 1754 en la Provincia ignaciana de Aragón. Y este es un dato a tener en cuenta. Dentro de un marco común de doctrina propio de la Compañía de Jesús, los jesuitas de la Provincia de Aragón poseían matices diferenciadores respecto a los jesuitas de las otras Provincias de la Asistencia de España. No era inusual entre los jesuitas valencianos y catalanes encontrar Padres que mostraran interés por las ciencias naturales y las matemáticas, buen dominio de las lenguas clásicas, una aproximación crítica a la Historia, y un cierto distanciamiento de la tradición escolástica, inclinada a sumirse en estériles discusiones.<sup>4</sup>

En 1764 Juan Andrés pasó como profesor de retórica a formar parte del claustro de la Universidad de Gandía, dirigida por los jesuitas desde que fuera fundada por Francisco de Borja a mediados del siglo XVI. Allí recibió la influencia del gran ilustrado Gregorio Mayans, cuya residencia en Oliva se hallaba a corta distancia de la Universidad gandiense. De Mayans y de su bien nutrida biblioteca, Andrés recibió consejos y libros.

La vida de Juan Andrés, y la de todos los jesuitas españoles, sufrió un cambio brutal en abril de 1767, cuando se hizo efectiva la decisión de Carlos III de expulsarlos de España. Los jesuitas de la Provincia ignaciana de Aragón

<sup>3</sup> DOMÍNGUEZ MOLTÓ, Adolfo: *El abate D. Juan Andrés Morell (un erudito del siglo XVIII)*, Alicante, 1978, y MAZZEO, Guido Ettore: *The Abate Juan Andres, Literary Historian of the XVIII Century*, New York, 1965.

<sup>4</sup> BATLLORI, Miguel: *La literatura hispano-italiana de los jesuitas expulsos*, Madrid, 1966, pp. 311-572.

fueron conducidos hasta las playas de Salou, en Cataluña, donde embarcaciones mercantes y de guerra debían transportarlos a su exilio en los Estados Pontificios.<sup>5</sup>

Andrés residió en la ciudad de Ferrara dedicado a la enseñanza de jóvenes jesuitas. El 1773 el Papa Clemente XIV extinguió la Compañía y Andrés dejaba, pues, de ser jesuita y pasaba a la condición de abate. En enero de 1774 abandonaba Ferrara para residir en la vecina Mantua como preceptor de los hijos del marqués de Bianchi, su gran protector, y donde podrá vivir hasta 1796 con medios adecuados para desarrollar su trabajo intelectual.

El marqués de Bianchi era hombre rico, influyente, culto, proclive al mecenazgo y poseedor de una magnífica biblioteca. Puesta a su disposición, el P. Andrés pudo dedicarse al estudio en un ambiente de afecto y admiración, que él mismo describió como “de plena comodidad para mis estudios”, con fácil acceso a otras bibliotecas de la nobleza mantuana. Su capacidad de adaptación a la cultura italiana dieron pronto los primeros resultados. Su primera gran obra italiana fue la titulada *Saggio de la filosofia del Galileo*,<sup>6</sup> aparecida en Mantua en 1776, y nunca editada en castellano. El trabajo es una prueba de su interés por la ciencia moderna basada en la experiencia y en la observación como método para conocer la naturaleza.<sup>7</sup> El ejemplo de Galileo de querer “ser discípulo de la naturaleza y no aspirar a ser maestro de los otros”, era, en su opinión, el que había abierto el camino “al gran Newton”, y su admiración por Galileo tendría continuidad con un opúsculo en que describía un experimento efectuado por Galileo sobre la gravedad que dedicó al Marqués Filippo Maria Casali.<sup>8</sup> A partir de entonces sus obras serán escritas y publicadas en italiano, salvo las *Cartas Familiares*, su libro de viajes por Italia.

En 1782 aparecía en la Stamperia Reale de Parma, considerada la mejor imprenta de Europa,<sup>9</sup> el primer tomo de su *Dell'Origine, progressi e stato attuale*

<sup>5</sup> GIMÉNEZ LÓPEZ, Enrique: “El Ejército y la Marina en la expulsión de los jesuitas de España”, en *Hispania Sacra* 45 (1993), pp. 577-630.

<sup>6</sup> *Saggio della filosofia del Galileo dell'abate D. Giovanni Andres*, Mantova, Erede di Alberto Pazzoni, 1776.

<sup>7</sup> No es Andrés enemigo de Newton, al que también llama “Príncipe de las Matemáticas” y considera que dio “un nuevo ser a todo el cuerpo” de la Astronomía. No parece que tenga sentido que el elogio de la figura de Galileo por Andrés se deba a “la posibilidad de establecer un contrapunto mediterráneo y católico a la filosofía experimental de los heterodoxos del Norte”, como afirma SÁNCHEZ-BLANCO, Francisco: “Problemas de la mentalidad ilustrada en España”, en AULLÓN DE HARO, Pedro (ed.): *Juan Andrés y la teoría comparatista*, Valencia, Biblioteca Valenciana, 2002, pp. 67-84.

<sup>8</sup> *Lettera al nobile uomo Signore Marchese Gregorio Filippo Maria Casali Bentivoglio Paleotti, Senatore di Bologna, sopra una dimostrazione del Galileo*, Ferrara, G. Rinaldi, 1779.

<sup>9</sup> En la Biblioteca Palatina de Parma se conservan un total de 26 cartas autógrafas de Andrés con el impresor Bodoni, responsable de la imprenta real, relativas a la primera edición de su *Origine...*



El cuadro *Serment des Horaces* de David conmocionó a Juan Andrés cuando fue expuesto por vez primera en Roma en 1785.

*d'ogni Letteratura*.<sup>10</sup> Su irrupción en el rico panorama intelectual italiano fue un auténtico acontecimiento. Un solo hombre, con su propio esfuerzo, acometía un reto que parecía imposible de lograr, pero que se manifestaba inequívocamente en las palabras con las que se iniciaba el prefacio mismo de la obra: “Una historia crítica de las vicisitudes que ha sufrido la literatura en todos tiempos y en todas las naciones; un cuadro filosófico de los progresos que desde su origen hasta el día de hoy ha hecho en todos y cada uno de sus ramos; un retrato del estado en que se encuentra actualmente, después del estudio de tantos siglos; una perspectiva, digámoslo así, de los adelantamientos que le faltan que hacer todavía”. Teniendo en cuenta que para Andrés el término “literatura” era sinónimo de “cultura escrita”,<sup>11</sup> el proyecto tenía una ambición universalista y tota-

<sup>10</sup> *Dell'Origine, progressi e stato attuale d'ogni Letteratura dell'Abate D. Giovanni Andres, Socio della R. Accademie di Scienze e Belle Lettere di Mantova*, Parma, Stamperia Reale, 1782-1799, 7 tomos.

<sup>11</sup> ÁLVAREZ DE MIRANDA, Pedro: *Palabras e ideas: el léxico de la Ilustración temprana en España*, Madrid, Anejos del Boletín de la Real Academia Española, 1992, pp. 436-441.

1

**PREFACION**  
**DEL AUTOR.**

**U**NA historia crítica de las vicisitudes que ha sufrido la literatura en todos tiempos y en todas las naciones; un quadro filosófico de los progresos que desde su origen hasta el día de hoy ha hecho en todos y en cada uno de sus ramos; un retrato del estado en que se encuentra actualmente, despues del estudio de tantos siglos; una perspectiva digamoslo asi, de los adelantamientos que le faltan que hacer todavía, no puede menos de agradar á los literatos aunque no se les presente con la perfeccion posible; y asi me he propuesto tratar todos estos puntos en la presente obra *Del origen, progresos y estado actual de toda la literatura*. Mi intento , tal vez demasiado

tc-

Prefacio a la traducción de *Origen, progresos y estado actual de toda la Literatura*, publicada en Madrid en 1784.

lizadora que sólo podía parangonarse a la Enciclopedia dirigida por D'Alembert y Diderot veinte años antes, aunque desde posiciones epistemológicas distintas, pues la obra de Andrés no estaba concebida como Diccionario Enciclopédico, y tenía un sentido opuesto, ya que Andrés era un eximio representante de una poderosa corriente existente en la extinguida Compañía de Jesús partidaria de introducirse en los ambientes ilustrados para su cristianización y reconducción. Esta intromisión se hacía desde el convencimiento de que los únicos capaces de esta conquista, a realizar con espíritu misional, eran los exjesuitas por una doble razón: su erudición y preparación intelectual, y por su reconocida capacidad de adaptación, que les permitiría moverse con soltura en el seno del sistema cultural racionalista.<sup>12</sup> Esta estrategia venía completada por la defensa y el elogio del Despotismo Ilustrado, como tendremos ocasión de comprobar al referirnos a sus impresiones sobre Toscana, que garantizaba la vía de las reformas prudentes y que, por lo mismo, era considerado la alternativa a la

<sup>12</sup> El 1775 el papa Pío VI condenaba con la bula *Incrustabile divinae sapintiae* toda la cultura ilustrada en cuanto producto del diablo, propagadora del ateísmo y destructiva de los vínculos sociales. Sobre la actitud de los jesuitas extinguidos hacia la Ilustración entre 1773 y 1789 es muy interesante el libro de TRAMPUS, Antonio: *I gesuiti e l'Illuminismo. Politica e religione in Austria e nell'Europa centrale (1773-1798)*, Firenze, Leo S. Olschki, 2000.

vía revolucionaria y al materialismo filosófico. Reforma frente a ruptura, vendría a ser su lema, al menos hasta 1789. Con la Revolución en Francia, los jesuitas partidarios de esta vía la abandonarían definitivamente y se sumarán, con mayor o menor energía, al combate en defensa del Antiguo Régimen desde trincheras mucho más tradicionales.

Andrés fue, pues, uno de los jesuitas que más se esforzó por ofrecer una alternativa erudita a la Ilustración descreída, mostrando que el progreso de la cultura se había producido mediante avances acumulativos sobre el conocimiento aportado por generaciones anteriores, sin rupturas, sino con evoluciones pausadas. Pese a que el propio Andrés consideraba su intento “tal vez demasiado temerario y atrevido”, no estaba sólo en estas ideas, y otros proyectos similares nacieron en Italia, como la Enciclopedia del italiano Alessandro Zorzi, llamado significativamente el Diderot de Ferrara, similar epistemológicamente a la de Andrés.<sup>13</sup>

La primera parte, la más personal y sugestiva, trazaba un panorama general de la literatura, entendida restrictivamente como Bellas Letras, desde las anteriores a la griega hasta la del siglo XVIII. Se trataba de hacer comprensible y poner a disposición de los lectores de forma novedosa una realidad que tenía mucho de territorio amorfo de una vastedad que parecía inabarcable. Su aportación más original estriba en la valoración de la literatura árabe como nexo de unión entre la cultura greco-romana y la renacentista, y su influencia en la literatura en lengua catalana.<sup>14</sup> A diferencia de otros jesuitas españoles preocupados también por cuestiones humanísticas, como el castellano Esteban de Arteaga con el que polemizó,<sup>15</sup> Andrés defendió que la moderna poesía rimada fue introducida en Europa por los árabes españoles, llegando a la conclusión que la poesía renacentista era de origen catalán, y que los catalanes tomaron de los árabes el ejemplo de poetizar. Para Juan Andrés, el uso de la rima se derivó de los árabes y fueron los españoles, particularmente los de lengua catalana, los que la propagaron por Francia y, posteriormente, por toda Europa. Su segunda originalidad fue adaptar el concepto de mimesis del saber clásico, que Winckelmann había planteado para refundar la estética y crear la Historia del Arte como disciplina, a la Cultura en su sentido más amplio. La vía propuesta por Andrés era,

<sup>13</sup> BATTISTINI, Andrea: “Del caos al cosmos: el saber enciclopédico de los jesuitas”, en RODRÍGUEZ, Evangelina (ed.): *De las Academias a la Enciclopedia*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1993, pp. 302-332.

<sup>14</sup> MAZZEO, Guido Ettore: *Op. cit.*, pp. 155-189.

<sup>15</sup> Andrés cuestionó algunas de las afirmaciones de Arteaga en su *Rivoluzioni del teatro musicale italiano*, que Arteaga contestó en la segunda edición, aparecida en 1785, negando que fueran los hispano-árabes los inventores de la poesía rimada, e incluso llegó a publicar en 1791 la larga disertación *Dell'influenza degli arabi sull'origine della poesia moderna in Europa*. Cfr. BATLLORI, Miguel: “Prólogo” a ARTEAGA, Esteban de: *Obra completa castellana*, Madrid, Espasa-Calpe, 1972, pp. IX-LXXXVII.



Retrato de Juan Andrés por el grabador Morghen hacia 1790, cuando su obra era considerada como una de las cumbres de la erudición del Setecientos europeo.

con una concepción más universal que la meramente artística, estrictamente neoclásica, pues en la imitación de los antiguos a través del permanente contacto con el legado clásico debía encontrarse la inspiración para impulsar hacia adelante toda la literatura.<sup>16</sup> Grecia y Roma daban la norma para operar, y el nexa modelo-imitación constituía el núcleo de su construcción historiográfica. Se trataba, en suma, de adaptar la concepción de Winckelmann a una realidad omnicomprendensiva, la Historia de la Cultura. Si para el historiador alemán era imprescindible e insustituible el conocimiento directo de “las más puras fuentes del arte” sacadas a la luz por los anticuarios,<sup>17</sup> la misma experiencia debía vivir el erudito, dando a conocer los fundamentos canónicos de la Cultura, sepultados en códices manuscritos de bibliotecas y monasterios.

En las restantes partes, Andrés compendió los progresos de la poesía, la elocuencia, la Historia<sup>18</sup> y las Ciencias puras, para finalizar con las llamadas Ciencias Eclesiásticas, cuyos volúmenes –el sexto y séptimo de la edición italiana– no se tradujeron al español, lo que sólo se ha producido recientemente en la edi-

<sup>16</sup> Para Andrés, Homero es la norma para la Poesía, Demóstenes para la Elocuencia, Herodoto para la Historia, Pitágoras para las Matemáticas e Hipócrates para la Medicina.

<sup>17</sup> TESTA, Fausto: *Winckelmann e l'invenzione della Storia dell'Arte. I modelli e la mimesi*, Bologna, Minerva, 1999, pp. 299-344.

<sup>18</sup> GARCÍA GÓMEZ, Mercedes Caridad: “La concepción historiográfica de Juan Andrés Morell (1740-1817)”, en GIMÉNEZ LÓPEZ, Enrique (ed.): *Y en el tercero perecerán. Gloria, caída y exilio de los jesuitas españoles en el siglo XVIII*, Alicante, Universidad de Alicante, 2002, pp. 661-701.

ción de Verbum y Biblioteca Valenciana gracias a Santiago Navarro Pastor.<sup>19</sup> Es probable que su condición de ex-jesuita no hiciera aconsejable la publicación castellana a finales del siglo XVIII de los dos volúmenes que trataban cuestiones muy debatidas, y a veces con saña, por las distintas escuelas teológicas, pese a que Andrés había señalado que esta parte de la obra había sido preparada con tolerancia y moderación, y sin “espíritu de partido teológico”. Este talante, poco proclive a la Teología especulativa, no era extraño entre algunos ex-jesuitas de la Provincia de Aragón, pero en Andrés se manifestaba de manera más firme que en otros, quizá por su mayor sintonía con el espíritu defendido por Mayans quien, al igual que Andrés, consideraba que la escolástica había causado la ruina de los estudios teológicos y había fomentado la perversión de la Razon con una dialéctica inútil y el gusto por el sofisma. Afirmaba Andrés en carta a su hermano Carlos: “Yo aborrezco, como sabes, las disputas teológicas y no puedo ver con paciencia que se tome el nombre de Dios y se abuse de la Religión para formar violentos partidos y con capa de religión satisfacer las propias pasiones de ambición, envidia, odio e interés con perjuicio de la caridad”.

En los años de gestación de su obra, el ex-jesuita tuvo que recorrer Italia y Austria para visitar sus bibliotecas y acopiar datos que consideraba imprescindibles.<sup>20</sup> De esos recorridos culturales nacerían su *Dissertazione sull'episodio degli amori d'Enea e Didon inrodotta da Virgilio nell'Eneide*, publicado en Cesena en 1788 y traducido de inmediato al castellano,<sup>21</sup> y los 5 tomos de sus *Cartas familiares*,<sup>22</sup> y los libros, también de carácter epistolar, *Noticia de la literatura de Viena*<sup>23</sup> y *Varias noticias literarias*.<sup>24</sup>

<sup>19</sup> *Ciencias Eclesiásticas. Addenda. Onomástica*. Tomos XI, XII y XIII de Origen, progresos y estado actual de toda la literatura, Madrid, Editorial Verbum-Biblioteca Valenciana, 2001. Sobre esta materia en Andrés, vid. GARRIDO ZARAGOZÁ, Juan José: “La recuperación moderna de las ciencias eclesiásticas en el abate Juan Andrés”, en AULLÓN DE HARO, Pedro (edit.): *Op. cit.*, pp. 195-222.

<sup>20</sup> BAS MARTÍN, Nicolás: *Las bibliografías de la Ilustración valenciana*, Valencia, Alfons el Magnànim, 2002, pp. 125-140.

<sup>21</sup> *Disetación en defensa del episodio de Virgilio sobre los amores de Eneas y de Dido*, Madrid, Sancha, 1788. Sobre el mundo clásico en Andrés, y especialmente sobre su altísima valoración de Virgilio, vid. CAEROLS PÉREZ, José Joaquín: “Juan Andrés y las literaturas clásicas”, en AULLÓN DE HARO, Pedro (ed.): *Op. cit.*, pp. 141-170.

<sup>22</sup> *Cartas familiares del abate D. Juan Andrés Morell a su hermano D. Carlos Andrés, dándole la noticia del viaje que hizo a varias ciudades de Italia en el año de 1785, publicadas por el mismo D. Carlos*, Madrid, Antonio Sancha, 1786-1793, 5 tomos. Sobre las Cartas, vid. FABRI, Maurizio: “Literatura de viajes”, en AGUILAR PIÑAL, Francisco (ed.): *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, Madrid, Trotta-C.S.I.C., 1996, pp. 407-423; SÁNCHEZ ESPINOSA, Gabriel: “Juan Andrés: el viaje ilustrado y el género epistolar”, en AULLÓN DE HARO, Pedro (ed.): *Juan Andrés y la teoría comparatista*, Valencia, Verbum-Biblioteca Valenciana, 2002, pp. 269-286; ALBEROLA ROMÁ, Armando: “Un viajero de excepción por la Italia del siglo XVIII: el abate Juan Andrés Morell”, en GIMÉNEZ LÓPEZ, Enrique (ed.): *Expulsión y exilio de los jesuitas españoles*, Alicante, Universidad de Alicante, 1997, pp. 319-330; TEJERINA, Belén: “Ideas reformistas de Juan



Entre 1793 y 1794, Juan Andrés viajó por Alemania, Suiza y Austria acompañando a uno de los hijos de su protector el marqués de Bianchi. En su Carta sobre la literatura de Viena, que publicó su hermano Carlos en 1794, mostraba una opinión sobre la vida cultural austriaca muy pesimista como consecuencia de la política religiosa de José II, muy contraria al clero regular. “¿Qué literatos se han levantado de las ruinas de tantos religiosos? –se preguntaba–. Quitá de la literatura de Viena todos los que son o han sido regulares, y verás a que se reduce lo restante”.

Como resultado de esos viajes a Centroeuropa, Andrés publicó en italiano, y en Viena, un curioso texto sobre el origen de enseñar a hablar a los sordomudos,<sup>25</sup> que Andrés reivindicaba para España, pues consideraba se debía a un monje benedictino español del siglo XVI, Fray Pedro Ponce, creador de un lenguaje de signos o alfabeto manual, expuesto de manera más completa en 1620 por Juan Pablo Bonet en su libro *Reducción de las letras y arte para enseñar a hablar a los mudos*. Con esta reivindicación de lo español, Andrés quería salir al paso de quienes propagaban que la pedagogía de los sordomudos era invención del abate francés l'Epée.

La Revolución francesa conmocionó Europa, y creó tan grande inestabilidad que en Italia trastocó el mapa político hasta el punto de que la vida de Juan Andrés conoció, de nuevo, un cambio radical. En 1796 el ejército francés, dirigido por el joven Bonaparte, cañoneó Mantua después de apoderarse del Milanesado, obligando a Andrés a huir a Roma y, posteriormente, a refugiarse en el Ducado de Parma. Gracias a su prestigio, Andrés fue requerido por el Emperador austriaco Francisco I a reorganizar la Universidad de Pavía en 1799, pero ocupada nuevamente la ciudad por los franceses se reintegró a Parma para tomar posesión del puesto de Bibliotecario Mayor del ducado.

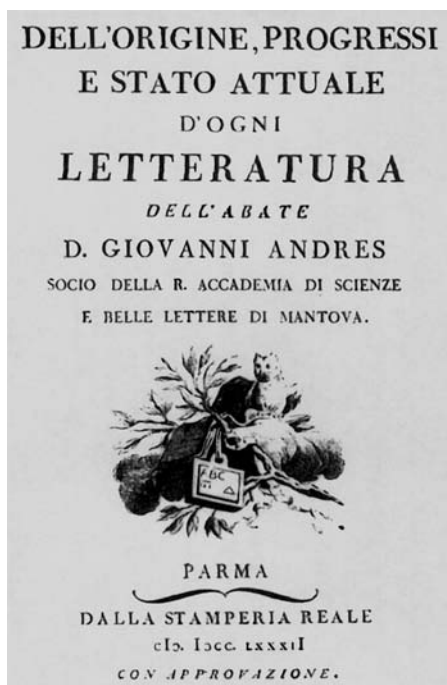
Sólo pudo mantenerse en ese cargo hasta 1804. Las circunstancias políticas le obligaron de nuevo a abandonar Parma y refugiarse en Nápoles. En la capital de las Dos Sicilias fue encargado de dirigir la Real Biblioteca, puesto que continuó desempeñando cuando los franceses entraron en Nápoles y nombraron como nuevo rey en 1806 a José Bonaparte, más tarde rey de España.

Andrés a través de sus impresiones venecianas (1788)”, en *Dieciocho* 9 (1986), pp. 272-289; RÍOS CARRATALÁ, Juan Antonio: “Las ‘Cartas Familiares’ de Juan Andrés”, en *Quaderni di Filologia Romanze* 7 (1992), pp. 86-100.

<sup>23</sup> *Carta del abate D. Juan Andrés Morell a su hermano D. Carlos Andrés dándole noticia de la literatura de Viena*, Madrid, Antonio Sancha, 1794.

<sup>24</sup> *Cartas del abate D. Juan Andrés Morell a su hermano D. Carlos Andrés, en que le comunica varias noticias literarias*, Valencia, José de Orga, 1800.

<sup>25</sup> *Dell'origine e delle vicende dell'arte d'insegnar a parlare ai sordi muti*, Vienna, Ignazio Alberti, 1793. La traducción española de su hermano Carlos Andrés fue publicada en Madrid, por Sancha, en 1794.



*Dell'Origine* publicada en Parma en 8 tomos entre 1782 y 1799 por el gran impresor Bodoni.

La ocupación francesa del reino napolitano se prolongó hasta 1814. En esos años Andrés fue perdiendo paulatinamente la vista, y ya en 1815 se encontraba prácticamente ciego, aunque no abandonó su trabajo erudito.<sup>26</sup> En 1816 deseó visitar Roma para agradecer a Pío VII la bula de restablecimiento de la Compañía de Jesús dos años antes. Después de la audiencia y de cumplimentar a los ex-reyes de España Carlos IV y María Luisa de Parma, exiliados en la Ciudad Eterna, el 12 de enero de 1817 fallecía Juan Andrés en la Casa Profesa de Roma como consecuencia de complicaciones pulmonares.

Su libro de viajes por excelencia es, sin duda, los cinco volúmenes de las *Cartas Familiares*. Los dos primeros volúmenes daban noticia del viaje realizado en 1785 por algunas de las principales ciudades italianas, como Ferrara, Bolonia, Florencia, Roma y Nápoles, y los emotivos encuentros con jesuitas exiliados a los que hacía años no veía y que habían destacado en la vida cultural

<sup>26</sup> Lo prueba el contenido de su correspondencia con el bibliófilo milanés Gaetano Melzi entre febrero de 1811 y finales de 1812, editada por Nereo Vianello. Andrés había conocido a Melzi cuando era alumno del Colegio de Nobles de Parma, y según reconocía Melzi su pasión por los libros se la debía a Andrés. Cuando murió en 1851 su biblioteca contaba con treinta mil volúmenes, muchos de los cuales eran ediciones raras. Vid. VIANELLO, Nereo: "Ventirè lettere di Juan Andrés a Gaetano Melzi", en *Archivio Veneto* V, 98 (1973), pp. 55-126.

italiana, como el musicólogo valenciano Antonio Eximeno,<sup>27</sup> su compañero en sus recorridos por Roma, o el también valenciano Antonio Conca, jesuita de Onteniente,<sup>28</sup> con el que visitó Florencia.

El volumen tercero estuvo dedicado al viaje realizado a fines del verano de 1788 a Venecia, Padua, Vicenza y Verona, describiendo monumentos, archivos y bibliotecas, pero sin olvidar el palpito de la vida cotidiana de sus gentes, sobre todo de Venecia, ciudad a la que prestó una particular atención. El siguiente viaje, que ocupa los volúmenes cuarto y quinto de las *Cartas...*, efectuado en el verano de 1791, recorrió la Italia noroccidental: Parma, Cremona, Milán, con su gran Biblioteca Ambrosiana, Pavía, donde conversó con Alejandro Volta en el museo de física experimental de aquella Universidad, Turín, para finalizar en Génova, donde pudo abrazar a dos ex-jesuitas que fueron de su misma Provincia, el catalán Xavier Llampillas y el alicantino Pedro Montengón, el famoso autor de *El Eusebio*.

Si en todas estas cartas se ponía de manifiesto su admiración por Italia, con cuyas gentes y ciudades ya se sentía plenamente identificado, pretendía también que determinados aspectos del modelo cultural italiano fueran imitados por los españoles, sobre todo por la aristocracia que no practicaba el mecenazgo con la misma generosidad que la nobleza italiana: “Mucho más deseo que esos señores ricos, en vez de comprar hebillas, cajas y otras frioleras y modas extranjeras, se hagan llevar buenos libros (...) que verdaderamente puedan servir para el adelantamiento de la nación en las ciencias útiles y en la buena literatura. Ojalá se introdujera entre los señores y caballeros ricos de nuestra nación este lujo de formar una buena librería”.

Andrés es el prototipo del viajero erudito y neoclásico. Su viaje por Roma es un buen ejemplo de ello, por lo que es oportuno detenerse en la Ciudad Eterna, donde Andrés residió dos meses y medio de 1785. Eran los momentos en que Roma vivía la exaltación del mundo clásico, y Andrés tuvo oportunidad de descubrir para sus lectores españoles varias ciudades superpuestas, como capítulos de un mismo libro, pues como tal era concebida Roma por el jesuita valenciano. En primer término, desde luego, la Roma Antigua, aquella que acogía la columna Trajana, el Foro, el Coliseo, las Termas, la Roma de los acueductos y sepulcros, la de las villas campestres, en Frascati y Tívoli. A continuación, como segundo capítulo, la Roma Eclesiástica, capital del mundo católico, con su infinidad de iglesias, ante todo San Pedro, San Juan de Letrán, Santa María la Mayor y el Panteón de Agripa, el gran templo romano cristianizado; tras ella,

---

<sup>27</sup> PICÓ, Miguel Ángel: *El Padre José Antonio Eximeno y Pujades*, Valencia, Alfons el Magnànim, 2003.

<sup>28</sup> Sobre el P. Conca, vid. BATLLORI, Miguel: “Antonio Conca, jesuita valenciano en el exilio”, y “Conca y su refundición abreviada del ‘Viage’ de Antonio Ponz”, en *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos*, Madrid, Gredos, 1966, pp. 547-555 y 553-572.

el capítulo de la exuberante Roma de las bibliotecas y los museos; y, finalmente, la Roma culta representada por eclesiásticos y seculares, algunos Príncipes de la Iglesia y Príncipes seculares, que se afanaban en la arqueología, la poesía, la ciencia y la teología en Academias privadas o en la Universidad de la Sapienza, y la multitud de artistas –pintores, escultores, grabadores– que pululaban ansiosos de encontrar la Belleza ideal en el legado clásico, un paraíso perdido que era posible recobrar.<sup>29</sup>

Era la ciudad un compendio de lo mejor que había dado la humanidad, la madre de las Bellas Artes. Poca atención presta Andrés a la Roma Moderna. Prefería, sin duda, la Roma Antigua, cuya arquitectura mostraba una “valentía, grandeza y elegancia” superior a los mejores edificios del Barroco. Para él una escultura de la época romana merecía mayor atención que el Moisés de Miguel Ángel o la Santa Teresa de Bernini, que Andrés consideraba una escultura afectada, cuya tensión violenta alteraba dramáticamente la postura de los cuerpos representados.<sup>30</sup> No era casual que Andrés eligiera como esculturas representativas de la Roma Moderna, y a efectos de comparación, las dos obras cumbre de quienes para el dogma neoclásico suponían el comienzo de la corrupción del arte posrenacentista, con Miguel Ángel señalado como el culpable originario de la corrupción del buen gusto, pues al imitarlo los artistas se desviaron de los modelos antiguos, y la culminación de esa patología con Bernini, situado por Andrés en el extremo opuesto a lo antiguo,<sup>31</sup> y considerado como campeón del gusto estrambótico. Incluso la pintura de los Guido, Rafael o el Guercino, comparada con el Apolo de Belvedere, el Laocoonte, el Antinoo, o el Gladiador, se encontraban en franca desventaja.

Trajano es presentado por Andrés como el modelo más acabado de gobernante impulsor de un arte contrapuesto al pervertido arte Barroco que, repito, para él es siempre de formas artificiosas y arbitrarias. Además, Trajano era español, lo que suponía un valor añadido de ejemplaridad, siendo españoles los destinatarios de sus cartas.<sup>32</sup> Y hay que tener en cuenta que el Foro Trajano había sido descubierto poco antes del viaje de Andrés a Roma.

Pasmo y admiración causó a Andrés el Coliseo, como a todos los visitantes de Roma. Stendhal, varias décadas después, lo tildó de vestigio más bello de la

<sup>29</sup> ASSUNTO, Rosario: *L'Antichità come futuro. Studio sull'estetica del neoclassicismo europeo*, Milano, U. Mursia, 1973, pp. 61-69.

<sup>30</sup> Andrés afirma que contempló el Moisés con atención, “admirando la expresión y fuerza en todos los músculos, ropajes, etc.”, pero “deseando sólo más nobleza y naturalidad en cara y barba”. Sobre la expresividad de la Santa Teresa de Bernini, “demasiado viva para una iglesia”, el comentario de De Brosse en su visita en octubre de 1739: “Si es éste el amor divino, yo lo conozco”, en Presidente DE BROSSES: *Viaje a Italia*, Madrid, Calpe, 1922, p. 192.

<sup>31</sup> TESTA, Fausto: *Op. cit.*, pp. 114-123.

<sup>32</sup> Dice Andrés: “A ningún Emperador deben tanto las nobles artes como a nuestro español el gran Trajano”. En el siglo XVI la retórica españolista llamó a Felipe II el sucesor de Trajano por ser ambos españoles y por dominar ambos el mundo.



Artifugio para consulta simultánea de libros en la Real Biblioteca Borbónica de Nápoles, de la que Andrés fue director desde 1804.

Roma clásica.<sup>33</sup> La descripción de Andrés es minuciosa, y al igual que Goethe, casi contemporáneo a Andrés en su visita romana, el jesuita lamentaba su estado interior.<sup>34</sup> Pero tanto o más que el Coliseo, Andrés destacó el Panteón de Agripa, ejemplo de una arquitectura basada en la razón, en lo indispensable y en el equilibrio matemático, que había hecho posible su gran cúpula, una prueba de la superioridad de los antiguos sobre los modernos.

Los museos eran el complemento de la Roma monumental clásica, pues en ellos se depositaban, para admiración y estudio, las piezas arrancadas del olvido, y eran escuelas para quienes copiaban piezas de la antigüedad con el propósito de intentar atrapar el espíritu del verdadero arte.<sup>35</sup>

<sup>33</sup> STENDHAL: *Paseos por Roma*, Obras Completas, Madrid, Aguilar, 1988, tomo II, p. 388.

<sup>34</sup> El 7 de septiembre de 1786 escribía Goethe: “Lo que los bárbaros dejaron en pie, lo han demolido los arquitectos de la Roma moderna”, en GOETHE, Johann W.: *Viaje a Italia*, Barcelona, Ediciones B, 2001, p. 145.

<sup>35</sup> Hautecoeur cita que el escultor francés Guiard, al tratar de su aprendizaje en Roma, escribía en 1771: “on peut faire à sa fantaisie tant ont a fait des études après l’antique pendant quatorze ans à Rome et il est permy, comme dite Phidias et Praxitel, de ne pas faire la nature souvent comme elle est, mais tant on a bien étudié les ouvrages grecs, ont fait la nature telle quel doit estre en prenant les beaux et d’en savoir faire choix pour éviter les partie misérable qui souvent se trouve”, en HAUTECOEUR, L: *Rome et la renaissance de l’Antiquité à la fin du XVIII siècle*, París, Fontemoing, 1912, p. 187.

Las bibliotecas romanas fueron, como siempre en los viajes de Andrés, motivo de especial atención.<sup>36</sup> Se quejaba amargamente de las dificultades para poder trabajar en la Vaticana, a la que llamaba bibliotafio en lugar de biblioteca, pues sus fondos estaban más sepultados que guardados.

La Roma cosmopolita, donde podían encontrarse “sujetos de todas las naciones”, también mereció una especial atención en las *Cartas* de Andrés. Algunos habían llegado al tiempo que el propio jesuita, atraídos por la eclosión de una antigüedad en triunfo. Allí estaban los españoles pensionados por el Rey y por la Academia de San Fernando. Algunos contactaron con Andrés, como el alicantino Carlos Espinosa Moya, hijo del también pintor Agustín Espinosa, quien, después de su matrícula en la Academia de San Fernando en 1773, había sido pensionado por Carlos III, o como José Juan Camarón y Meliá, hijo de José Camarón, también pintor, pensionado en Roma desde 1779 y que, a su regreso, sería nombrado Académico de San Carlos de Valencia, director de pintura de la Real Fábrica de Porcelana y, posteriormente, académico de San Fernando. Pero también era frecuente encontrar jóvenes pensionados de otras nacionalidades. Colbert había creado en 1666 la *Académie de France*,<sup>37</sup> en donde se había formado el pintor Jacques Louis David, quien había conmocionado Roma con su *Serment des Horaces*, de cuya presentación en Roma fue testigo el propio Andrés. En el cuadro de David, donde tres hermanos juraban fidelidad a Roma antes de entrar en batalla, se exaltaba la virtud republicana de la Roma antigua y se ligaba la moral al arte tal y como había preconizado el neoclasicismo, para quien el arte debía, sobre todo, instruir.

El gran pintor residente en Roma era para Andrés, sin duda alguna, Pompeo Batoni. “Príncipe de los pintores de Roma”, el segundo pintor del siglo para Andrés, pues Anton Mengs ocupaba absolutamente sus preferencias aunque, muerto éste, era Batoni el que se situaba en el lugar de mayor privilegio entre los vivos. Era el pintor más caro de Roma. Tenía abierta una de las Academias más célebres de la ciudad, y dos años antes de la llegada de Andrés había realizado un retrato de José II acompañado de su hermano, el Gran Duque de Toscana, que se conserva en Viena.

Si Pompeo Batoni y David eran los pintores que dominaban la pintura romana, en escultura era Antonio Canova la figura que estaba a un paso de su definitiva confirmación. Canova había llegado a Roma en diciembre de 1780 con poco más de 23 años como becario, y fue allí donde se convirtió a las ideas que propugnaban que en la imitación de los modelos de la antigüedad se encontraba el progreso del arte.<sup>38</sup> Canova no representaba figuras en sus esculturas, sino

<sup>36</sup> Decía Andrés: *Las bibliotecas de Roma merecían una larguísima carta, y aun así no se describirían bien, puesto que sola la Vaticana podría llenar últimamente algunos tomos.*

<sup>37</sup> PINON, Pierre y AMPRIMOZ, François-Xavier: *Les envois de Rome, 1778-1968*, Roma, École française de Roma, 1988.

<sup>38</sup> ASSUNTO, Rosario: *Op. cit.*, pp. 26-32.

que las transformaba en esencia al sublimarlas. Informaba Andrés que se hallaba trabajando en el sepulcro de Clemente XIV para la iglesia romana de Santi Apostoli, un monumento funerario que vendría a suponer en escultura lo que había sido el Juramento de los Horacios de David en pintura: el triunfo absoluto e indiscutible del gusto por la antigüedad.<sup>39</sup>

Toda esa exaltación del mundo clásico romano, en perjuicio de la Roma barroca, es una constante en la obra de Andrés, y muy habitual de encontrar en los viajeros de la época, interesados más por la Roma imperial que por la pontificia, y para quienes la antigüedad no era el pasado, sino lo nuevo. Los años ochenta del siglo XVIII, los años de los viajes de Andrés por Italia, son momentos en que “los muertos resucitan, y Europa entera se presenta en Roma para contemplar el milagro”<sup>40</sup> de esa resurrección, o como Goethe, que afirmaba, en su viaje a Italia en esos mismos días en que escribía Andrés, “nacer otra vez” ante una tierra que ofrecía sus tesoros.

Para concluir esta aproximación a Juan Andrés decir que silenciar las extravagancias y perversiones del Barroco, y potenciar y difundir la armonía útil y simple que presentaban los modelos históricos fue la principal misión de Andrés al narrar sus eruditos viajes por Italia y sus paseos por la Ciudad Eterna. No había que contemplar Roma únicamente con los ojos, capaces de distinguir tan sólo la belleza individual de cada uno de los miles de tesoros que la ciudad guardaba en sus calles, bibliotecas y museos,<sup>41</sup> sino interpretarla como idea metafísica, como lección sublime y permanente del moralismo clásico, y canalizar ese entusiasmo en estudio erudito y en experiencia intelectual. Andrés seguía la estela de aquellos ilustrados para quienes la educación del espíritu en la austeridad de las sublimes formas antiguas era el placer más noble y duradero. Ese era el sentido de sus viajes.

---

<sup>39</sup> Otra referencia de Andrés en escultura va en esa misma dirección. Decía Andrés que en escultura había oído que un tal Monti había logrado grandes elogios de los Académicos de San Lucas. El tema que había desarrollado estaba en sintonía plena con el gusto del momento: *hizo la estatua de una Ninfa con tal primor que los Académicos de San Lucas la tuvieron por copia de alguna estatua griega.*

<sup>40</sup> HAUTECOUCER, L.: *Op. cit.*, p. 111.

<sup>41</sup> “No es posible escribir las infinitas cosas que en cada uno de estos ramos he procurado ver”, escribía Andrés en el inicio de su Carta VI, la primera dedicada a Roma, para terminar su recorrido, al final de la Carta XI, con esta conclusión: “no se puede decir si es mayor el gusto, o el provecho, el placer, o la instrucción que se logra en aquella singular y única ciudad”.